

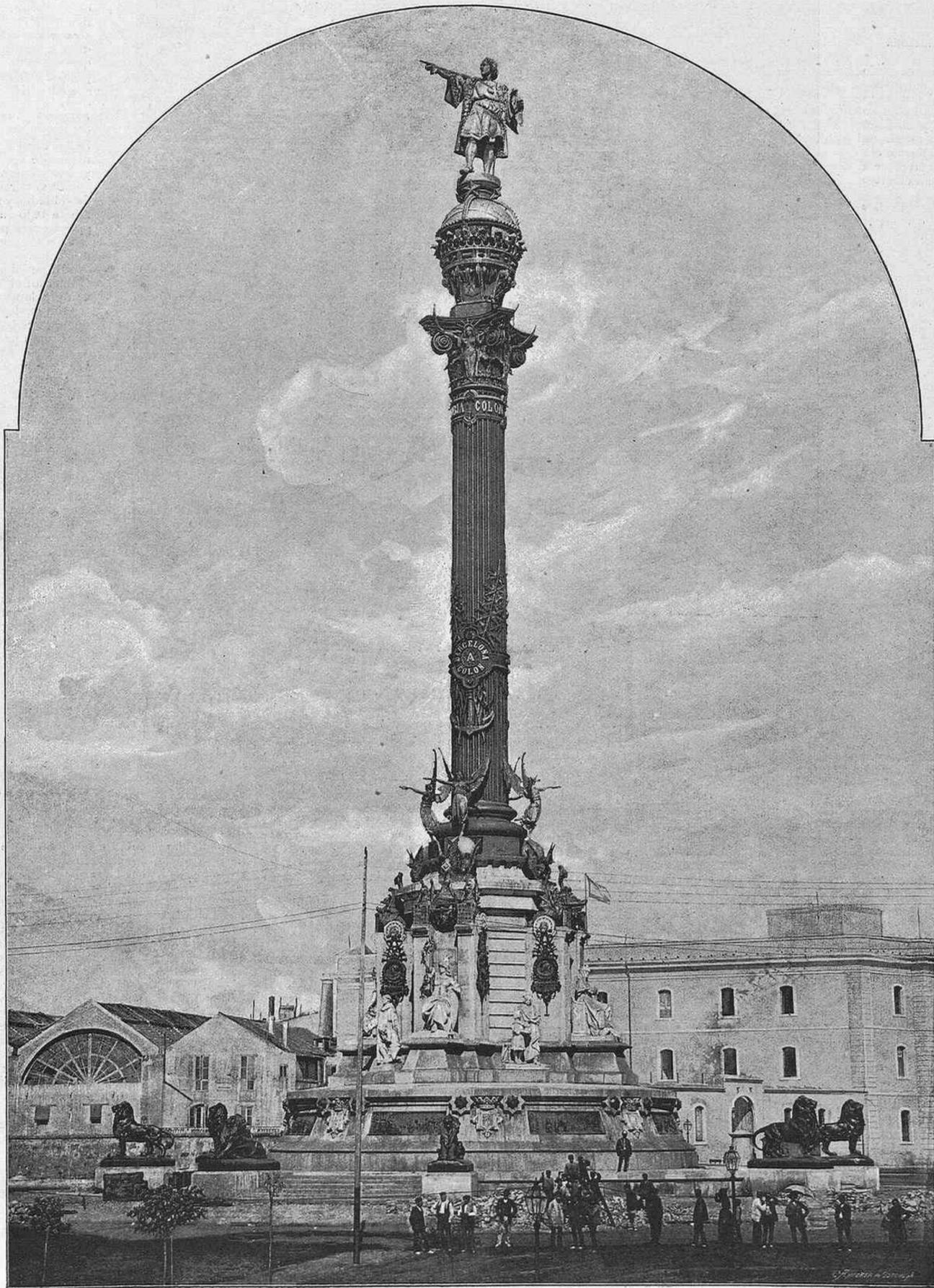
ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 15 DE OCTUBRE DE 1888→

Núm. 355

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MONUMENTO Á COLON, proyectado y dirigido por el arquitecto D. C. Buigas y Monrabá, (según fotografía de Labielle)

SUMARIO

TEXTO. — Nuestros grabados. — *Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxart. — *El rancho de las Cruces*, por la baronesa de Wilson. — *El testamento de un duque*, por D. Ricardo Revenga. — *Recreaciones científicas*.

GRABADOS. — *Monumento á Colón*, proyectado y dirigido por el arquitecto C. Buigas. — *Cataluña*, escultura de P. Carbonell. — *Aragón*, escultura de Gamot. — *León*, escultura de Atché. — *Castilla*, escultura de Carcasó. — *Detalles del monumento*, dibujo de J. Luis Pellicer. — *Corona con que remata el capitel*, escultura de Pastor. — *Capitel*, escultura de Pastor. — *Fama*, escultura de Rosendo Nobas. — *El padre Boyle*, escultura de Fuxá. — *El capitán Margarit*, escultura de Alentorn. — *Ferrer de Blanes*, escultura de Pagés. — *Santángel*, escultura de Gamot. — *Altos relieves del monumento á Cristóbal Colón*, esculturas de los señores Llimona y Villanova. — *León del basamento*, escultura de Vallmitjana Abarca. — *Recreaciones científicas*. — *Suplemento artístico: Cristóbal Colón escarnecido por los doctores de Salamanca*, cuadro de Nicolás Baravino.

NUESTROS GRABADOS

EL MONUMENTO Á COLÓN EN BARCELONA

Aunque algunas veces nos hemos ocupado en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA del monumento erigido en nuestra ciudad honrando al insigne navegante genovés y honrándose á sí misma, creemos interesante y de buen ver para nuestros favorecedores reunir en un número el conjunto y los detalles de esa obra, que por muchos conceptos favorece á la reputación de los artistas que en ella han tomado parte.

La traza, ideada por el arquitecto señor Buigas y premiada en público concurso, puede apreciarse debidamente gracias á la fotografía del señor Labielle, ejecutada con tanta limpieza que permite apreciar hasta las minuciosidades del monumento. De éste no diremos que sea un portento de concepción, pero no puede desconocerse que ofrece grandioso aspecto y un lujo de detalles muy recomendables en sí, pero cuya abundancia quita tal vez severidad á la obra. De todos modos no sabemos que la posteridad, siempre ingrata con el inmortal descubridor del Nuevo Mundo, le haya dedicado hasta el presente recuerdo alguno que pueda compararse con el tributo de Barcelona. Su misma patria le ha consagrado un recuerdo mezquino para tanta grandeza. Envanezcámonos, pues, de haber á todos aventajado en el pago de una deuda contraída por toda la humanidad.

Apreciado el conjunto del monumento, para lo cual el espectador tiene que colocarse dando frente á la puerta principal de la Atarazana, le aconsejamos que se fije cuidadosamente en los detalles que avaloran sobremedera la obra. Suponiendo que este examen parcial tiene lugar en sentido de la parte inferior á la superior, llaman ante todo la atención los ocho leones del basamento, esculturas las más controvertidas y generalmente peor apreciadas. Son á juicio de algunos un tanto desmedrados ó poco feroces, sin tener en cuenta que esos nobles animales no tienen por qué demostrar en esta ocasión una fuerza intempestiva. En paz y muy bien avenidos con su misión parecen custodiar el monumento, y su autor no tiene la culpa de haber hecho á esos felinos tales como debían ser, y son realmente en sus horas de calma, y no tales como se los figura el vulgo por haberlos observado al natural hostigados por el látigo de Bidel ó de Redenbach.

Ocho bajo-relieves en bronce dan la vuelta á la obra, representando escenas culminantes de la existencia de Colón, y hacia ellos llamamos la atención del público, porque, en nuestra opinión, son quizás lo mejor ejecutado de la obra. A pesar de esto, son escasos los curiosos que se toman la molestia de subir los pocos peldaños al cabo de los cuales pueden examinarse cómodamente dichos relieves. Esto no prueba sino que el arte también tiene sus violetas junto á las cuales transcurre el caminante sin percibirse de ellas.

Vienen en seguida cuatro estatuas, ó mejor grupos, representando otros tantos personajes notables relacionados con la historia de América. A nuestro ver y sin que desconozcamos su mérito artístico, estas estatuas sobran en el monumento. Tal como han sido colocadas, sin base á propósito, sin razón alguna arquitectónica que las justifique, nos causan el efecto de unas esculturas adquiridas por separado del proyecto y acomodadas en el monumento como por compromiso.

Todo lo contrario sucede con las cuatro matronas que simbolizan á Castilla, Cataluña, Aragón y León, que tienen razón de ser simbólico y artístico, que están debidamente colocadas y asentadas y cuyos autores las han impreso un carácter severo y majestuoso propio de su objeto. Es notable, además, en esas esculturas que con ser debidas á cuatro distintos autores guardan entre sí la debida armonía, sin que ninguna de ellas descante de sus compañeras. Por la manera de ser concebidas y tratadas pudiera creérselas obra de un solo artista.

Sobre unos atributos de bronce que rodean el zócalo de la columna, y que adolecen quizás de complicados para que el público pueda explicarse fácilmente en qué consisten, levántanse unas famas que pregonan la de Colón por los cuatro ámbitos del mundo y le tienden las coronas de la inmortalidad. La actitud de esos genios, que figuran que se desprenden del monumento, es elegante y natural, y aun cuando á primera vista parezcan de proporciones menguadas, opinamos que tienen la que les corresponde con relación á las demás estatuas emplazadas en términos más próximos al espectador.

Arranca en seguida la columna de honor, arrogante, atrevida, esbelta, rematada por un capitel riquísimo en el cual se destacan cuatro genios en actitud de sostener el coronamiento de la obra. Como dibujo y como trabajo es muy recomendable ese capitel; pero quizás no se tuvo bastante en cuenta la altura á que debía ser colocado cuando se calcularon las proporciones de los consabidos genios. Ello es que el público ha dado en decir que á la simple vista parecen imágenes de crucificados, y en pura verdad no le falta razón para ello.



CATALUÑA, escultura de P. Carbonell

Encima de ese capitel osténtase la corona condal de Barcelona, pedestal de la estatua de Colón, colocada sobre una semi-esfera de un modo poco ingenioso. Quizás dependa ese defecto del empeño que hubo en utilizar esa corona como balcón mirador, exigencia á la cual, en nuestro concepto, no debía subordinarse una excepcional obra de arte y que, de no poder prescindirse de ella, debió haberse procurado realizar más hábilmente.

En suma, el monumento dedicado al insigne descubridor de América es una construcción notable que llama con justicia la atención de propios y extraños. Si en rigor descúbrense en él ciertos lunares, apenas podrán éstos deslucir sus bellezas, jamás oscurecerlas y menos borrarlas. Al hacerlos notar por nuestra parte, nos ha movido la sola consideración de que nuestro aplauso á los artistas tendría su mayor valor en la independencia y espontaneidad con que se lo tributamos.

Cristóbal Colón es sin duda el más grande ejemplo del rigor en la desdicha. Ni aun después de muerto ha encontrado la paz en el sepulcro.

Cuando proyectista, fué calificado de loco y despedido de las cortes que visitó, como un lacayo cuyos servicios se rehusan.

Durante el viaje que dió por resultado el descubrimiento de la América, estuvo á punto de ser asesinado distintas veces por sus desconfiados compañeros de expedición.

Ya descubierto el Nuevo Mundo, los envidiosos le acusaron de traidor y vino á España cargado de cadenas, como un criminal temible bajo partida de registro.

Murió poco menos que olvidado, y hasta algunos dicen que en la mayor miseria.

Y finalmente, tan poco caso hicieron sus contemporáneos y la posteridad de ese hombre prodigioso, como que ni siquiera consta á punto fijo dónde yacen enterrados sus restos, que habaneros y dominicanos sostienen poseer.

Faltaba, por decirlo así, el último ultraje á su memoria, y hete aquí que á un yankee se le ocurre la peregrina idea de solicitar del gobierno de Santo Domingo el permiso para exhibir los huesos (auténticos ó apócrifos) de Cristóbal Colón, á tanto la entrada, ni más ni menos que si se tratara de la mujer tigre ó del becerro con dos cabezas. Y no es lo malo que tan singular proyecto se haya ocurrido á un irrespetuoso especulador, sino que el cónsul de los Estados Unidos en Santo Domingo se haya hecho intérprete oficial de aquella proposición. Afortunadamente el gobierno dominicano ha acogido la petición conforme ella merecía, rechazando enérgicamente lo que hubiera constituido una profanación ante Dios y una vergüenza

ante la historia. He aquí los documentos mediados acerca de este particular:

«CONSULADO DE LOS ESTADOS-UNIDOS DE LA AMÉRICA DEL NORTE EN SANTO DOMINGO. — ABRIL, 25 DE 1888.

»General W. Figueroa, Ministro del Interior de la República Dominicana.

»Señor Ministro:

»Soy requerido por el Sr. H. M. Linell, ciudadano de los Estados Unidos de América, para peticionar al gobierno de la República Dominicana el privilegio de exhibir los restos del inmortal Colón, en los Estados Unidos.

»El interés del pueblo americano en la historia de este grande é inmortal descubridor es tan intenso, que la presencia de sus verdaderos restos en las ciudades principales de los Estados Unidos, revolucionará las curiosidades públicas y será á la vez un medio invaluable de propaganda en favor de la República Dominicana, produciendo grandes recursos al tesoro de la nación el producto de esta exhibición. El Sr. Linell propone firmar un contrato con las autoridades, por el período de cuatro años, como sigue: como garantía pagará todos los gastos de la transmisión de los restos, también de una guardia de ocho soldados y cuatro sacerdotes, á los Estados Unidos, pagando todos sus gastos y los sueldos fijados por el gobierno, y también garantiza que él fielmente enviará al fin de cada seis meses 50 por 100 del producto neto, después de la deducción de todos los gastos, garantizando que dicho 50 por 100 no será menor de pesos fuertes 200,000 anualmente.

»El peticionario, además, conviene, para devolver los restos sin daño ninguno á la expiración del tiempo fijado en el contrato, y á cualquier tiempo antes de la expiración de los cuatro años, si el 50 por 100 bajara menos de pesos fuertes 200,000 expresados y si el gobierno dominicano los pidiera.

»El peticionario solicita que la guardia de soldados y los sacerdotes estén absolutamente bajo su mando y control, y que la guardia será provista con un uniforme hermoso y los sacerdotes con sus vestidos canónicos.

»El peticionario solicita, además, que el Gobierno, el Ayuntamiento y la Iglesia den una proclama manifestándole que estos restos son los legítimos restos de Colón, y de que ésta es positivamente la única vez que ellos serán permitidos salir de la República.

»Deseo, Sr. Ministro, que el Gobierno vea la importancia de esta exhibición para la República, y verifique un convenio con Mr. Linell en breve término.

»Con mis altas consideraciones, tengo el honor de ser,

»Vuestro obsecuente servidor,

»H. C. C. Astwood.

»(Cónsul de los EE. UU.)

»SECRETARÍA DE ESTADO DE LO INTERIOR Y POLICÍA. — SANTO DOMINGO, MAYO 9 DE 1888.

»Señor Cónsul:

»Obra en este Ministerio la nota impresa que en inglés y castellano se sirvió V. S. dirigir en fecha 27 del próximo pasado mes, exponiendo en ella la solicitud del Sr. H. M. Linell, tendente á que el gobierno de la República celebre con él un contrato por el cual se le permita la traslación de los venerandos restos del Almirante Colón á los Estados Unidos, escoltados por una guardia de ocho soldados dominicanos y acompañados de cuatro sacerdotes, subvencionados allá, durante cuatro años, con el sueldo que mi gobierno les asigne, pero sujetos los unos y los otros al mando y control del solicitante. Como el objeto del empresario es, según su afirmación, el de recorrer las principales ciudades de la Unión, exhibiendo, por dinero, las reliquias del descubridor del Nuevo Mundo, ofrece, como indemnización, un 50 por 100 de las ganancias, que asegura no bajaría de 200,000 pesos anuales.

»Bastante asombro, Sr. Cónsul, ha causado en mi ánimo la lectura de los conceptos dirigidos por V. S. al gobierno, bajo la forma oficial; y sólo puedo explicarme la causa que lo haya obligado á suscribir aquellos conceptos, porque V. S. creería hallarse comprometido á dar cuenta de la solicitud de uno de sus nacionales; pues de otro modo, convencido debe estar V. S. de que existen ciertas cosas que se hallan fuera del comercio de los hombres, y no es posible que se juzgue lícita una profanación tan insólita, y que, exornada con ese cúmulo de incidentes teatrales, hubiera de constituirlo no sé si más original que delincuente.

»No, Sr. Cónsul; el gobierno á que tengo la honra de pertenecer, se respeta lo bastante para no dar al mundo civilizado el repugnante espectáculo de tamaña simonía. — El quisiera poder presentar á la contemplación respetuosa de todas las naciones los despojos mortales de esa gran figura histórica, pero gratuitamente y rebosando del inocente orgullo de que los posee por efecto de su última voluntad; — no siendo esto posible, jamás los removerá de la urna en que yacen, — ni menos consentirá en que se conviertan en objeto de un tráfico que llenaría de baldón al último descendiente de los hijos de este suelo.

»Que los restos del ilustre Colón, al par de los de Napoleón I, Washington, Bolívar y otros varones esclarecidos, reposen por siempre en sus respectivos sepulcros, libres de todo ultraje, velados por la gratitud y el acatamiento de los hombres de corazón, que aman la verdadera gloria y respetan un noble infortunio.

»Sírvase V., Sr. Cónsul, aceptar los sentimientos de mi consideración distinguida.

»El Ministro de lo Interior, etc.,

»W. Figueroa.

»Sr. Cónsul de los Estados Unidos de América del Norte. — Presente.»

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CRISTÓBAL COLON ESCARNECIDO POR LOS DOCTORES DE SALAMANCA, cuadro de Nicolás Baravino. (Galería Orsini de Génova.)

Las dificultades inherentes á la pintura histórica no arredran á los artistas de verdadero aliento. En ese género pictórico, el más difícil



ARAGÓN, escultura de Gamot

sin duda alguna, cabe luchar y cabe vencer: dígalos sino el cuadro que nuestros favorecedores tienen a la vista.

El autor no ha escogido un asunto original, primera dificultad en casos tales, porque hay asuntos muy dramáticos, muy bellos, pero imposibles de trasladar felizmente al lienzo. La conferencia habida entre Cristóbal Colón y los doctores de Salamanca ha sido tratada por varios artistas; lo cual no prueba sino que el asunto es verdaderamente pictórico, como el hecho de haber sido tratado Edipo por diversos poetas dramáticos demuestra que la historia del infortunado rey de Tebas es muy a propósito para la tragedia teatral. El mérito singular del autor de este lienzo es la maestría, la holgura, la verdad con que ha descrito el hecho, causando en el espectador una impresión que no se borra fácilmente.

Ese es sin duda el sitio en que tuvo lugar la famosa disputa; así debían ser los pretendidos sabios que hicieron mofa del gran descubridor de un mundo; tal debió quedar, después de la conferencia, aquel hombre colosal y de nadie comprendido, que no se volvió realmente loco porque Dios le tenía reservado para la mayor de las empresas conocidas. Contémpense esas actitudes, examínense esos rostros; ahí están los que hicieron bafa del genio, asombrados de tanta audacia, enredados, petulantes; y ahí está el grande hombre como clavado en su sitio, saltándosele los ojos de las órbitas, pronto a lanzarse contra los necios que no le comprenden, contra los poderosos que le insultan.

La apoteosis de Colón se ha retardado más de lo que convenía al buen concepto del siglo XIX; pero en cambio el monumento que acaba de erigirse en Barcelona y el cuadro de Baravino prueban que el desagravio moderno va colocándose a la altura del olvido antiguo.



LEÓN, escultura de Atché

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

LA CABALGATA

Mi hombre se disponía a ver la cabalgata, ya mucho antes de que dieran las nueve de la noche.

Un amigo suyo, más impaciente que él, le sorprendió cuando iba a salir.

— ¡Qué calma, hombre!... Las calles están ya atestadas de gente... La cabalgata no puede tardar.

En efecto; con estar acostumbrados, en lo que llevamos de otoño, a la aglomeración de grandes multitudes, las que se echaron a la calle aquella noche excedían a cuanto hemos visto. Como negros y caudalosos torrentes, afluían a la Rambla, formando encrespado remanso en la plaza de Cataluña, se corrían de allí por la Ronda, ó invadiendo la vía central, iban a confundirse al pie del monumento a Colón con otra avenida más gruesa y rumorosa que desaguaba por el extenso paseo. Decididamente las casas quedaron desocupadas y solitarias. Barcelona y el mundo que se ha embutido en Barcelona no se sabe cómo, estaban en la calle a pesar del aire frío y molesto.

No hablo de los atractivos que añadía al espectáculo la iluminación espléndida de todas las noches. ¡Tan singular y permanente profusión de luces bastaría para formar época en la crónica de la ciudad! ¡Se agotaron ya todas las formas de candelabros, globos en racimo, mecheros en guirnalda, tubos con reflectores, farolones de luz eléctrica! La línea de fuego y de puntos luminosos que dibuja las calles y traza en las plazas círculos concéntricos, no es ya imagen que pueda dar idea de tantos y tantos focos de luz, como se derraman sobre la compacta multitud de rostro fatigado, trajes oscuros y pesado andar, alegrándola aquí con tonos calientes y rojizos, ó tendiendo sobre ella fríos y blancos reflejos de apoteosis.

Mi hombre se dejó llevar de la corriente, hacia donde ella quiso. No gusta de empujones, que es flaco gusto, pero tampoco espera, porque no espera nunca lo imposible, que ha de librarse de codazos donde hay tantos codazos mal regidos, ni de pisotones, donde hay tantos pies que no saben por dónde andan y que han olvidado casi de quién son. Así es que se dispuso a volver mal por mal en punto a golpes... y adelante!

Tribus de forasteros inexpertos, desparramados por las aceras, llamándose eternamente unos a otros, los padres a las niñas, las niñas a la criada, y la criada al pequeñuelo... iban buscando en común, además de estos rebuscos parciales, el sitio de donde debía salir la cabalgata, que era la Ronda de San Pedro. Otras peculiarísimas tribus alternaban con éstas: las pandillas de artesanos mozos y grandullones que cantan a coro, silban, gritan y se dan puñetazos desahogando su exuberante fuerza por la garganta, por las manos, y por los pies. Gritar es para ellos un instinto, una necesidad física como para otros el desesperarse tras mucho tiempo de estar sentados. Estos dos grupos son los representantes genuinos de las colectividades públicas en noches como aquella. Los demás transeúntes *pisables* y *empujables*, parecemos únicamente espectadores suyos, y concurrentes de ocasión. Los miramos pasar, les cedemos la acera, nos escurremos prudentes, como si estuviéramos de más donde hay forasteros peatones, para quienes aquel paseo es extraordinario, y calaveras y bromistas de chaqueta, obligado coro, en el doble sentido de la palabra.

Mi hombre, agregado transitoriamente a una de tales familias trashumantes, de pasito corto, y atisbando de soslayo la invasión de algún enjambre de graciosos, de paso largo, llegó hasta la puerta del Salón Eslava, donde se estaba organizando la fiesta.

Por encima de un corro compacto se alzaba un gran resplandor de hoguera, destacando sobre él algunos guardias a caballo y la carroza de Oceanía que se disponía a emprender la marcha, balanceándose y meciendo su colosal ramillete de plantas tropicales: algunos hachones se movían inciertos buscando dónde colocarse. Era evidente que la cabalgata había salido ya: con que no había más que retroceder para ir a su encuentro.

En la Rambla, mientras la mayoría iba discurriendo por el centro, los más comodones y precavidos ocupaban en las aceras del arroyo, en ambos lados, las sillas de alquiler ó se mantenían de pie junto a las casas, con aquel estoicismo, aquella paciencia heroica y tenaz, aquella resignación sublime que inspiran las dos grandes pasiones, no por modestas y ocultas menos grandes, los dos grandes móviles de toda multitud: la curiosidad colectiva y el placer de un espectáculo gratis. Me río yo del fanatismo que soporta la tortura, del patriotismo que sufre el hambre y la peste. Hay algo más poderoso para el alma colectiva de la humanidad, y es la pasión de ver lo que verá todo el mundo, y gozar de lo que gozará todo el mundo. «¿Estarán todos y no estaré yo?» Esta sola consideración petrifica en una esquina al más indiferente: ella sólo basta para que nos parezca codiciable é imprescindible un espectáculo que tal vez nada nos importa. Hay quien se iría si todos se fuesen; no se va nadie y se queda; y los unos por los otros se quedan todos.

Así, aquellos millares de hombres, recostados en las paredes, sentados en sillas, discurriendo en grandes masas que oscilaban en virtud de su propia inercia, aguardaron el paso de la cabalgata, espeluznados por ráfagas de aire

frío, hora tras hora, primero alegres, entretenidos, bulliciosos, malhumorados luego, hastiados, soñolientos, con alguna que otra imprecación más tarde, pero siempre inmóviles y siempre esperanzados.

Porque hay que decir que eran más de las once y la cabalgata no venía; es más, nada la anunciaba, ni una carrera, ni un rumor, ni un reflejo lejano!

Pero la Rambla continuaba animadísima como en pleno día, bajo los globos en racimo y los arcos de luces y los parpadeantes faroles eléctricos con su intermitente tic-tac telegráfico.

Mi hombre, en vista de que la cabalgata no iba hacia él, se fué él hacia la cabalgata bogando a brazo partido Rambla abajo.

Apenas llegado a la de Santa Mónica, vió relucir por entre los árboles una corona de estrellas de colores, cifiendo el hemisferio sobre el que descuella la estatua de Colón, y arder algunas luces de bengala al pie de la columna en torno del pedestal. El efecto era singular; aquellos focos centelleantes alumbraban a gran distancia a la multitud, pero dejaban en más densa obscuridad la estatua la columna y la parte superior del basamento, como si los de arriba estuviesen suspendidos en el aire y los de abajo ardieran junto a una obra en construcción. En la base del monumento, los leones en pie avanzaban como recortadas masas de sombra destacándose sobre aquellos fulgores, ó alumbrados por sus flancos parecían enrojecerse, próximos a fundirse de nuevo. Y todo se agrandaba, todo oscilaba con grandes proyecciones de móviles é importunas sombras que desperfilaban las matronas y los prohombres del basamento, mientras iban goteando fuego las estrellas de arriba, prontas a extinguirse.

Junto a este resplandor de las bengalas, palidecían los primeros hachones de la cabalgata, cuya vanguardia de municipales a caballo, porta-estandartes, maceros, heraldos y faroles, estaba detenida al pie del monumento, en pelo-



CASTILLA, escultura de Carcasó

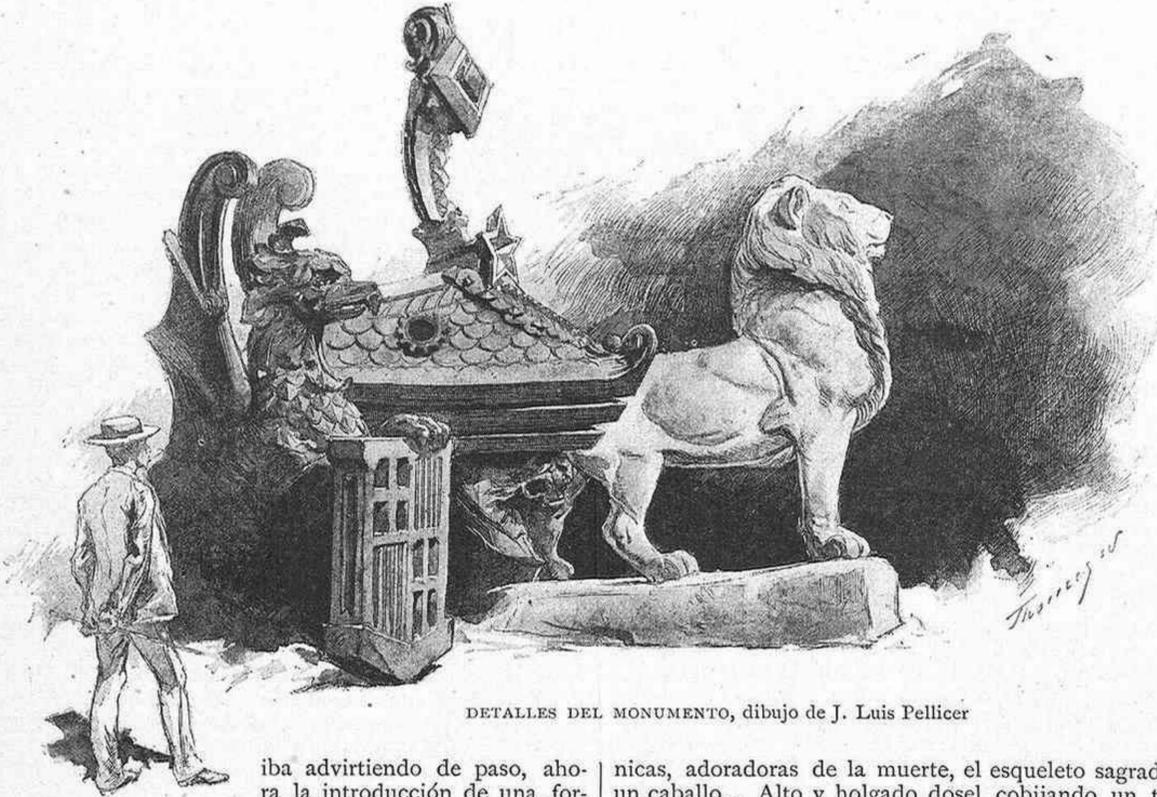
tón, aguardando su fastuoso séquito... Éste, allá a distancia, en el Paseo de Colón, resplandecía como movible puñado de luces, como sarta de cirios de una procesión que llega... El curso estaba interrumpido...

Cuando por fin desembocó junto al Banco, un poderoso impulso se transmitió de grupo en grupo, acompañado de un clamoreo de contento discurriendo por aquel mar como el rugido que avanza y crece con la espuma de ola en ola, como aquella ráfaga helada que a ratos encrespaba los árboles arriba, sonora y lúgubre, y que era también agitación y rumor a la vez.

La cabalgata había llegado: era ya más de media noche.

Mi hombre no pudo formarse concepto claro de aquella visión, interrumpida a trechos como una pesadilla; fastuosa y esplendente por fragmentos... Desfile teatral de trajes, pendones, caballos y luces, que precedía a los grandes carros decorativos, descollando altísimos por encima del revuelto gentío, hasta tocar el follaje de los árboles, inseguros, balanceándose, con no sé qué extraña y fantástica grandeza de templo de teatro ambulante!

Tenía el desfile algo de orgía ca mascarada por sus interrupciones, por su desorden, por la escasa gravedad de los comparsas, y algo de verdadero ensueño artístico por la esplendidez y propiedad de muchos pormenores, y aun del conjunto. No veía el público de un modo claro ni la invención, ni el arte, ni la grandiosidad del intento, que revelaban explícitamente uno y otro grupo; pero mi hombre



DETALLES DEL MONUMENTO, dibujo de J. Luis Pellicer

iba advirtiendo de paso, ahora la introducción de una forma nueva en algunos faroles; luego la característica propiedad de muchos trajes, no usados; el pintoresco grupo de un trineo, de un palanquín japonés, etc., etc. Cortejo de las cinco partes del mundo, simbolizadas en la decorativa arquitectura de los cinco carros; todas las razas iban desfilar a sus ojos con su variadísima indumentaria, á caballo, á pie, en carrozas. Y no sólo su indumentaria, su rostro, su cuerpo aparecían con los caracteres propios: como si todas las infinitas figuras que ilustran una geografía universal, tomando forma corpórea y animados por los colores de la vida, se hubiesen lanzado á la calle con sus armas, sus sillas de montar, sus animales de carga, de cultivo, ó de acarreo. La concepción era grandiosa, digna de más despejada y brillante perspectiva y de una dirección y disciplina que hiciera valer todos aquellos elementos preciosísimos, ya reunidos y coleccionados, á fuerza, sin duda, de inteligentes investigaciones y de un criterio artístico excelente... En los grandes carros, aparecía idéntica tentativa de novedad en las líneas ó de fantasía en la ornamentación, deslucidas por las precipitaciones de última hora ó por algún yerro de perspectiva, de esa perspectiva al aire libre y con luz artificial que con tanta frecuencia engaña. Desfiló primero la carroza de América, con la forma de una carabela, y en el centro la estatua norte-americana de la Libertad iluminando al mundo; por desgracia, llevaba apagado el faro eléctrico, á pesar de estar ya dispuesto para lanzar á gran distancia su faja de luz mate sobre la multitud... Seguía, tras su cortejo, la carroza de África, tirada por cinco pares de bueyes, templo egipcio rodeado de palmeras... Iba luego la de Oceanía, vistosa, original, de brillante efecto. Le pareció á mi hombre que se había evitado en ella, cuanto es posible, el uso de material alguno, que simulara lo que no es. En el centro de su almacén de bambú, con la forma de una nave, descollaba el busto de Colón entre plantas del trópico, de gigantescas y cimbreantes hojas; cubría el pedestal un tapiz de mariscos, flanqueado por dos ídolos de ojos saltones, cara aplastada, pintarrajado cutis, deformes y horribles; y sobre el colosal ramillete se izaba á guisa de lúgubre y sangriento estandarte de aquellas tribus oceá-

nicas, adoradoras de la muerte, el esqueleto sagrado de un caballo... Alto y holgado dosel cobijando un trono del Celeste Imperio, venía luego en la carroza de Asia... Y la locomotora de vapor, rodando penosamente por encima del adoquinado desigual, arrastraba la carroza de Europa; matrona colosal sentada en primer término, con majestuosa apostura, ostentando una corona de laurel y una palma: templete adornado con luces eléctricas y banderas de todas las naciones, en trofeo... Y detrás, entre aquella sombra más confusa y oscura, que sigue á la visión de una apoteosis ambulante, hormigueaba el piquete de caballería, caracoleando á duras penas entre el gentío desbordado, con la prisa y el tropel de la retirada.

Eran las dos de la madrugada. Soplaba aún el aire frío y molesto... La visión se desvanecía lentamente por la Rambla de Cataluña. Los tranvías, atestados hasta el tope, se abrían paso á duras penas... Algunos carros madrugadores, alguna tartana de los pueblos circunvecinos atropellaban al transeunte. Esos carricoches, por su forma anticuada y extravagante, merecían figurar en otra cabalgata histórica. Uno vió mi hombre que, entre las sombras y el contraste de luces, parecía un fantástico capricho de Goya, con una mujer de horrible catadura, arrebuja en su pañolón y empuñando un triste farolillo de aceite para hacer que cumplía las ordenanzas municipales.

J. YXART

9 octubre

EL RANCHO DE LAS CRUCES

I

Hace algunos años, el viajero que pasaba por los desfiladeros, profundas gargantas y abismos que en el camino de Ancón á Chancay se encuentran, no veía sitio en donde buscar asilo por largo espacio de tiempo, y sólo perdido en las hondas quebradas, ó como atalaya en los elevados riscos, hallaba entre grandes distancias algún rancho de indios que en la noche pudiera darle abrigo.

Las luchas civiles eran en aquella época encarnizadas y continuas en el Perú y origen de que, bajo el pretexto de patriotismo, se formasen no sólo guerrillas de insurrectos, sino partidas de bandidos que abusaban de la anarquía y de los desórdenes para atacar á los infelices caminantes que atravesaban el Perú en distintas direcciones, sobre todo en la que conducía de Lima á Ancón.

Hoy la locomotora ha hecho variar el aspecto de aquellas soledades, coronadas por enhiestas y amenazadoras rocas que parece van á desprenderse sobre aquellos que aun se aventuran á caballo desdeñando la rapidez del vapor, ó dirigiéndose á sitios lejanos de la vía férrea.

Las hononadas y precipicios han sido mudos testigos de episodios conmovedores que podrían servir de argumento para más de un drama y llenar cumplidamente las páginas de una novela, en la cual á la par que se relataran hechos capaces de impresionar al corazón más fuerte, resaltarían otros de generosidad y ruda nobleza y algunos de feroz hidalguía, pues siempre se encontraba mezclado el heroísmo con la crueldad y el bien con el mal.

En medio de aquella naturaleza agreste y salvaje, algo apartado de la línea que hoy sigue el ferrocarril de Chancay, se veía en 1830, en la falda de una escarpada loma, un rancho, alegre como nido de palomas, risueño como el astro del día al despuntar por Oriente.

Rodeaban la vivienda un bien labrado campo y un

jardincito, y ambos eran, con sus legumbres, frutos y flores, uno de los elementos de la existencia tranquila y modesta de los que en el rancho habitaban.

El dueño era un joven labrador, y su mujer, hermosa y buena á carta cabal compartía con la madre y el padre de su marido, el reposo ó el trabajo, los pesares ó el placer.

Aun no hacía dos años que se habían casado. Su casita, embellecida por el amor y la juventud, era el templo de su dicha y pocas veces la abandonaban para pasar algunos días en la ciudad de los Reyes. Vivían felices: se entregaban á sus tareas cotidianas con la fe y el ánimo de aquel que tiene tranquila la conciencia, y bendecían los dones que les prodigaba la feraz madre tierra.

II

Pero amaneció un funesto día en que la suerte se cansó de protegerles.

La virtuosa compañera de Rafael murió al dar á luz el primer fruto de su amor, y la desesperación, el abandono y la tristeza tomaron asiento en el rancho de las Cruces en donde poco ántes reinaban el júbilo y la paz.

Interin el padre y la madre se entregaban al llanto, Rafael, mudo y sombrío, descuidó por completo el cultivo de las tierras y aborreció el trabajo.

Días enteros permanecía fuera de su casa, y sus padres vieron con asombro que se embriagaba, sin duda para apagar su dolor.

— ¿Es posible, hijo, — exclamó un día su anciana madre, — que hasta ese punto te haya llevado el pesar?

— Para aturdirme, madre mfa.

— Pero ¿y la resignación? Dios nos da fortaleza y nos consuela... tu carácter ha cambiado.

— Basta, madre; soy dueño de mis acciones.

— Las malas compañías extravían, — dijo el padre de Rafael con severo acento: — piensa que poco á poco puedes ir muy lejos...

El joven frecuentaba como distracción una chichería (1) y en ella trabó conocimiento con hombres de principios y pasiones depravadas y que aprovechaban las luchas políticas para cometer actos vandálicos.

Poco á poco Rafael se alejó de su familia y adquirió su nombre celebridad bien triste.

Capitaneaba una partida de bandoleros.



CAPITEL, escultura de Pastor

Sus visitas al rancho se hicieron cada día más escasas y llegó época en la cual permaneció seis meses sin ver á sus padres, ni al hijo que le había dado su María.

La miseria se hizo huésped de aquel albergue y apenas producía el huertecillo lo más indispensable para el sustento de los infelices viejos y de la cholita que cuidaba del niño.

Una noche tembló la tierra y las oscilaciones fueron tan fuertes, que despertaron á los moradores del rancho.

III

— ¡Misericordia, Dios mío, misericordia! — exclamó la madre de Rafael, espantada y trémula.

Pasaron las sacudidas y la anciana se hincó de rodillas y dió gracias á Dios.

— Abuelita, — dijo Ricardo, — ¿qué sucede?

— Nada, hijo mío, nada: ya pasó, duerme, mientras yo rezo por los ausentes.

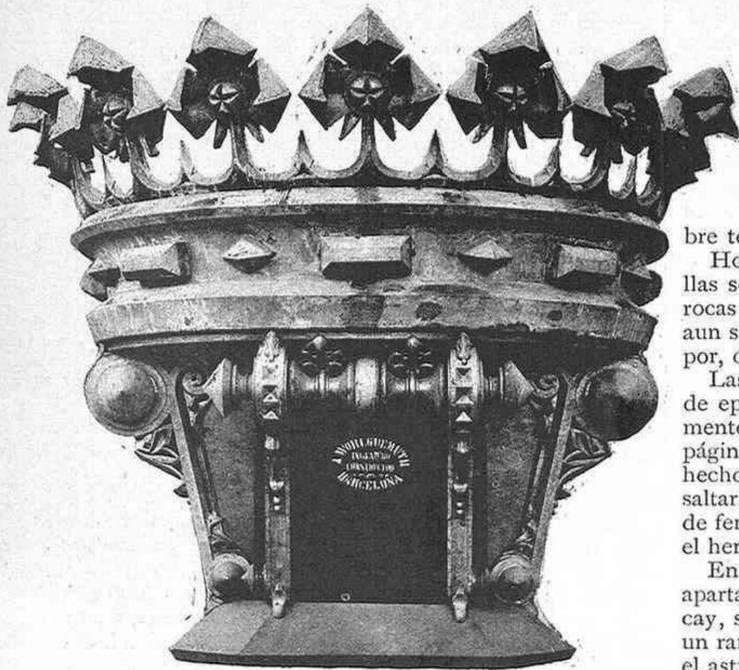
— ¡Qué santa conformidad! ¡que sublime abnegación! — murmuró el anciano. — Vamos á recogerlos; que Dios ayude á los que no tienen asilo ni pan, — añadió.

La anciana se levantaba del suelo cuando llamaron á la puerta.

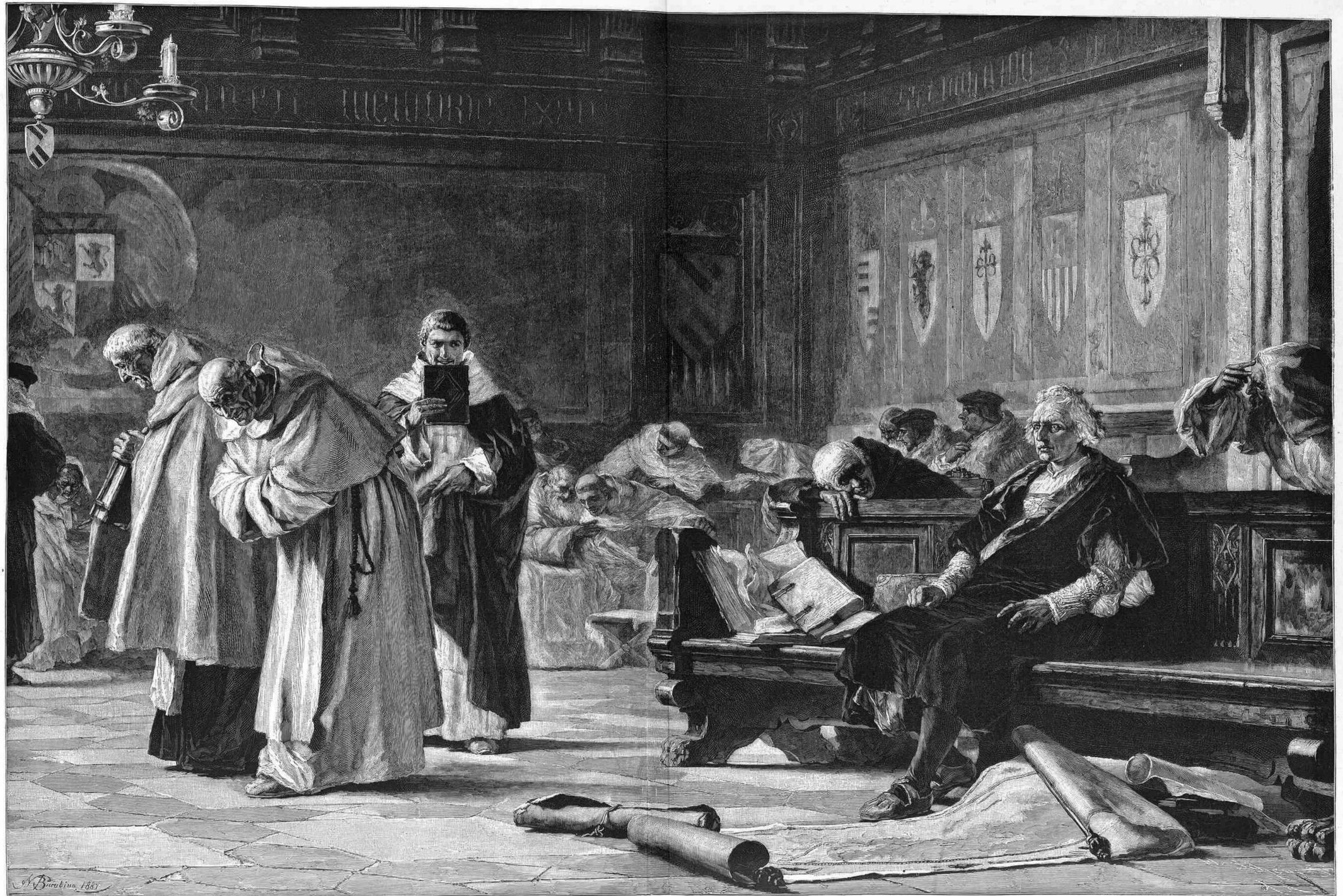
— ¿Será él? — se preguntaron los dos viejos con elocuente mirada.

La cholita abrió la puerta.

(1) Chicha bebida hecha de maíz fermentado.



CORONA CON QUE REMATA EL CAPITEL, escultura de Pastor



CRISTÓBAL COLÓN ESCARNECIDO POR LOS DOCTORES DE SALAMANCA

(CUADRO DE NICOLÁS BARAVINO, EXISTENTE EN LA SALA ORSINI DE GÉNOVA)

Una m
 vista en
 - ¡Sál
 me persi
 hasta aqu
 Las h
 su profun
 lágrimas
 - ¿Qu
 pobre m
 - Elle
 Los de
 ¡Era
 nombre:
 - Per
 - Iba
 seo nade
 dre, y sa
 que en l
 ro y á m
 mis fuer
 y he lleg
 Aquel
 interesa
 - ¡Di
 Efecti
 - ¿Er
 lida y te
 - En
 defende
 Y ad
 puerta.
 Rafael
 Al en
 - ¿Q
 - Ha
 dre: - de
 llarla, es
 - ¡Se
 - exclam
 Y sin
 Poco
 Pasar
 Gabri
 cía en el
 Se ha
 la: adem

La in
 había vi
 Nadie
 con insi
 Por s
 Gabriela
 Su ju
 rancho
 Contr
 y despu
 días.
 Acari
 sonrisa
 en su m



Una mujer entró rápidamente y cerró, tendiendo la vista en torno entre asustada y recelosa.

— ¡Sálvenme ustedes! — exclamó, — ¡sálvenme ustedes; me persiguen! He escapado de ellos y he podido llegar hasta aquí.

Las hermosas facciones de la desconocida expresaban su profundo terror; la palidez cubría su semblante y las lágrimas bañaban sus ojos.

— ¿Quién la persigue á usted? ¿quién se atreve con una pobre mujer?

— Ellos... la banda del Limeño.

Los dos ancianos se estremecieron.

¡Era él, su hijo, el que había hecho célebre aquel nombre!

— Pero ¿cómo viaja sola y de noche?...

— Iba en dirección á Lima; soy huérfana, no poseo nada sino el colchón en donde ha expirado mi madre, y salí de Chancay para pedir protección á unos tíos que en la capital viven. Cerca de aquí detuvieron al arriero y á mí. Un bandido quiso sujetarme: el terror dobló mis fuerzas y me escapé: he corrido sin saber á dónde y he llegado á esta casa...

Aquella mujer era joven y hermosa, y los ancianos se interesaron por ella.

— ¡Dios mío! — exclamó, oigo pisadas que se acercan.

Efectivamente, en aquel instante llamaron á la puerta.

— ¿En dónde me esconderé? ¿serán ellos? — articuló pálida y temerosa la recién llegada.

— En ninguna parte, — gritó la anciana, — basto yo para defenderla á usted.

Y adelantándose majestuosa y tranquila abrió la puerta.

Rafael estaba en el umbral.

Al entrar, se fijó en la fugitiva.

— ¿Quién es esta jóven? — preguntó.

— Ha llegado hace un instante, — le contestó la madre: — detenida por un bandido que quiso tal vez atropellarla, escapó y la casualidad la condujo aquí.

— ¡Se han atrevido con una pobre mujer! ¡miserables! — exclamó Rafael.

Y sin añadir una sola palabra, salió.

Poco después se oyó un tiro y todo quedó en silencio.

Pasaron ocho días.

Gabriela, que así se llamaba la desconocida, permanecía en el rancho.

Se había aficionado al niño y simpatizaba con la abuela: además, algo indefinible la detenía allí.

IV

La interesaba aquel hombre joven y buen mozo, que había visto durante un momento.

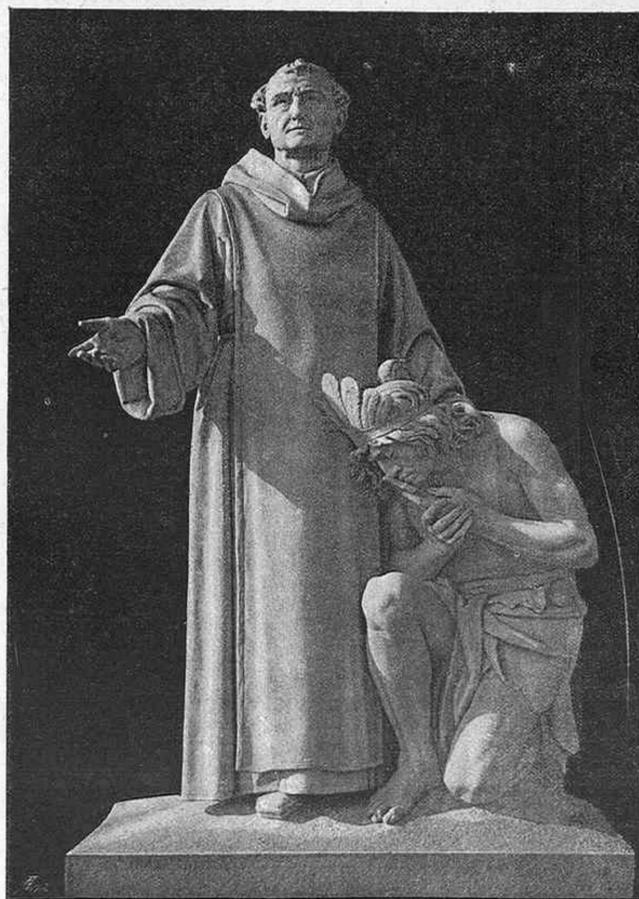
Nadie hablaba de él, no sabía quién era, pero pensaba con insistencia en él.

Por su parte, los padres de Rafael, encontraban en Gabriela singular atractivo.

Su juventud y su belleza animaban la pobre casa y el rancho recobraba paz y alegría.

Contra su costumbre, volvió Rafael á las dos semanas, y después una más tarde, y por último, casi todos los días.

Acariciaba á su hijo: lo sentaba sobre sus rodillas y la sonrisa aparecía en su semblante y la ternura se reflejaba en su mirada cuando lo veía jugar con Gabriela.



EL PADRE BOYL, escultura de Fuxá



FAMA, escultura de Rosendo Nobas

Corta, pero dolorosa, era la historia de la joven.

Hija de unos agricultores de Chancay, había visto morir, joven aun, á su padre, sin dejar grandes recursos; las cosechas se perdieron: las contribuciones de unos y otros bandos llevaban lo poco que poseían, y llegó el día en que fué preciso vender hasta los muebles.

Gabriela vió decaer lentamente la salud de su madre hasta que su existencia se apagó como una lámpara.

Para cumplir los últimos deberes, enajenó lo poco que aun quedaba, reservando sólo el colchón en donde su madre exhaló el postrer suspiro.

En Lima tenía unos tíos á quienes no conocía, y de los cuales ninguna muestra de amor había recibido; pero determinó presentarse y solicitar de ellos, no la humillante posición de una parienta pobre y tolerada, sino trabajo y alguna ocupación en su casa.

Los bandidos se atravesaron en sus proyectos, y ya en el rancho se sintió feliz, se creyó llamada á cumplir un deber y una misión.

Gabriela había recibido educación, sino esmerada, por lo menos suficiente para desarrollar su buen criterio y la elevación de sus ideas.

Poco á poco se apoderó de los secretos; comprendió las amarguras que sufrían los dos ancianos y se propuso ser madre del huerfanito, y cariñosa hija para sus abuelos.

La influencia que ejercía en Rafael fué creciendo.

Las fuentes del bien no estaban secas en aquel corazón, y en el generoso de Gabriela brotó un pensamiento elevado y sublime.

El niño la ayudaría á ponerlo en práctica.

Rafael sentía por la joven, veneración, respeto, amor.

Sus virtudes, su casta belleza lo hacían soñar con una vida apacible, alegre, dichosa.

Cuando la vió la primera vez, cuando supo que uno de los suyos

se había atrevido á ofenderla, sintió odio, repugnancia hacia sus compañeros.

Salió, averiguó quién era, lo juzgó, lo sentenció y lo ejecutó.

Después, al comparar su existencia con la pureza de Gabriela, sintió remordimiento y profundo pesar.

Era cenagoso pantano, noche tempestuosa, flor de envenenado aroma, puesta en contacto con la modesta violeta, con serena noche de luna, con la corriente límpida del arroyuelo.

¡Ay! su vida le aparecía horrible y temblaba pensando en el desprecio que por él debía sentir Gabriela.

Sin embargo no dominó su pasión; con ella era feliz.

Aquella mujer le fascinaba y á su lado se olvidaba de todo.

La virtud domina siempre al vicio y una mujer noble y buena se impone, sin aspirar á ser soberana.

¡Qué influencia tan incontestable, la que ejerce!

Gabriela, también y sin confesarlo á sí misma, amaba á Rafael y lo disculpaba.

Creía que abandonado á sí propio había sido culpable, pero que con un ser amante á su lado, la regeneración era indudable.

Los ancianos vivían felices: Gabriela era el ángel de la casa: ella atraía á Rafael haciéndole apartarse de la senda escabrosa que seguía; ella disipaba sus tristezas y embellecía cuanto la rodeaba.

De repente se tornó la joven pensativa y triste.

V

Tal cambio alarmó á Rafael, acostumbrado á considerarla en su carácter como un cielo sin nubes.

— Gabriela, — dijo la madre, — no es la misma; la veo melancólica y ayer la encontré llorosa.

— Tal vez desea separarse de nosotros, — contestó el anciano padre, — pero sería una gran desgracia.

Rafael sufría; su amor vehemente é impetuoso no tenía límites.

— ¿Por qué no he de hablarla? — se dijo; — sabré lo que de mí piensa; si me aborrece, huiré, y si me ama... ¡Oh! si me ama, sería su amor mi salvación.

Aquel mismo día encontró momento propicio para pintarla el estado de su corazón.

La joven permaneció un instante turbada y pensativa, después le dijo:

— Rafael, no pongo en duda su amor, creo en él... pero entre usted y yo, existe algo que hace imposible esa pasión.

— ¿Qué es? juro, Gabriela, que no hay nada imposible para mí, tratándose de obtener el corazón de usted: ¿qué era yo, cuando como un ángel se apareció usted en esta casa? un desheredado, sin fe, sin esperanzas; sin goces



EL CAPITÁN MARGARIT, escultura de Alentorn



FERRER DE BLANES, escultura de Pagés

ni alegrías; mi corazón estaba muerto; mis sentimientos embotados: la ví á usted; admiré sus virtudes y mi corazón volvió á latir anhelando, como suprema gracia, escuchar su voz y contemplarla dando vida y movimiento á esta casa, antes tan triste y fría: ¡oh, Gabriela, usted sea mi esposa!

— Rafael, jamás me uniré á un hombre que no pueda legar á sus hijos un nombre digno y regenerado.

— Por usted soy capaz de amar la virtud, el trabajo, la soledad; mi hijo no tendrá de qué avergonzarse.

— Pero ¿y el pasado?

— No quedarán ni huellas de él: ¿entonces me amarás usted? ¿será usted mi esposa el día en que sea un hombre honrado?

— Sí.

— Pues adiós.

Rafael salió y pasaron días y semanas, sin que apareciese por el rancho.

Gabriela estaba intranquila. Los ancianos tristes.

El niño, alegre y travieso: en la niñez no existen pesares.

Dos meses después regresó Rafael.

Su fisonomía expresaba la felicidad y la satisfacción.

— Gabriela, tus deseos están satisfechos: en las risueñas comarcas de Arequipa nos esperan un risueño rancho, el trabajo, el amor y el olvido del pasado: allí, — añadió Rafael, — adoptaré el apellido de mi madre y aquí entre los escombros, quedará enterrado mi nombre.

Al día siguiente, desaparecieron los moradores del rancho de las Cruces y éste era un montón de ruinas.

El fuego lo había destruido.

Cerca de Yura vivía, hace algunos años, una familia limeña.

Eran Rafael, Gabriela y sus hijos.

La joven fué su ángel custodio y ni la más pasajera nube empañó el cielo de su dicha.

La madre de Rafael adoraba á Gabriela y decía:

— La mujer buena es el faro que conduce al hombre al sosegado puerto.

LA BARONESA DE WILSON

EL TESTAMENTO DE UN DURO

POR DON RICARDO REVENGA

I

El día había sido felicísimo.

Por la mañana almorcé un café, lo recuerdo perfectamente, y por la tarde comí por milagro, que milagro es encontrar quién á comer convida.

Un día de vida es vida, iba yo diciéndome, cuando subía la empinada escalera de mi casa, y si el pasado no era amargo, el porvenir veíalo yo no tan obscuro como debería verle, si se considera que en mis bolsillos había lo mismo que debió guardar nuestro padre Adán, antes de que nuestra curiosilla abuelita Eva tuviera la malhadada idea de ofrecer á su paciente esposo la dichosa manzanita que tantos males produjo y sigue produciendo, pues tengo para mí, interpretando la Biblia á mi gusto, que la

manzanita no fué manzanita, sino otro fruto más sabroso y fino, algo así como uvas con queso, que dicen que sabe á beso, ó quizás sólo el sabor de la mezcla, seguido de todas las consecuencias de ese voluptuoso roce de los labios.

Así lo creo y afirmo, pues el papaño de la humanidad no debió ser tan imbécil que perdiera su felicidad por manzana más ó menos, pero ¡por un beso! ¿Quién no se pierde por un beso?

El hecho es que llegué á mi alcoba, y el porvenir, á pesar de mi pobreza solemne, no me asustaba, ni aun me preocupaba.

¡Oh, irresistible poder de los vapores del champagne, en un cerebro salido de la fábrica de la naturaleza hacía veinte años!

Después de algunos tropiezos logré dar con mi cama, que tenía de cómoda lo que mi cómoda de cama.

Precipitadamente me despojé de mi levita y chaleco, pues apretaba el sueño; fuí á colgar á la percha estas prendas, y al hacerlo cayó al suelo un chaleco que hacía algunos meses que no usaba.

Al caer percibí un agradable sonido; me precipité para averiguar la causa, y ¡oh, sorpresa! en un bolsillo noté que había algo. Fébrilmente introduje en el bolsillo mis dedos pulgar é índice, y á la luz producida por una vela, contemplé con asombro una moneda de cinco pesetas, un duro nuevecito, brillante, hermoso, resto sin duda de algún día de feliz suerte y olvidado allí en tiempos en que los duros eran amigos que frecuentaban mi casa y cultivaban mi amistad.

Llevé el simpático duro á mis labios, le estreché con pasión contra mi pecho, le coloqué con mucho cuidado sobre la piedra de mármol de mi mesilla de noche y caí pesadamente sobre mi fementido lecho.

El placer y el champagne agotaron mis fuerzas y pusieron plomo en mis párpados. Dí un soplo que apagó la luz, y comencé á soñar que con aquel duro compraba el palacio de Murga y aun me sobraban cuatro pesetas, con las cuales adquiriría la ganadería de Veragua, y pagaba al mozo del café Imperial tres biftecs que le adeudaba.

No sé cuánto duró mi primer sueño; pero recuerdo que cuando estaba haciendo la tienda de los novillos que había comprado, me despertó un ruido que no supe explicarme.

Traté de volver á conciliar el sueño, y cuando ya iba á conseguirlo, repitióse el ruidito que esta vez percibí ya más claramente.

Sonaba como si alguien hiciera saltar una moneda sobre una piedra.

Encendí precipitadamente la luz con verdadero espanto, y ví que el duro que yo había colocado sobre la mesa de noche, estaba de pie, es decir, de canto, y corría que se las pelaba sobre el mármol.

Restregué mis ojos creyendo que aun estaba vagando mi espíritu por los disparatados reinos del sueño; pero no, había ya entrado en las desdichadas regiones de la realidad.

Llegué casi á sentirme atemorizado y aun algo medroso, viendo aquel hecho tan contrario á las leyes de la naturaleza.

Alargué mi mano para apoderarme de aquel duro revoltoso y bienhallado, pero confieso mi temor mujeril, no me atreví.

Iba ya á gritar cuando ví que el duro se paraba y colocándose cara á mí movió sus ojos, abrió su boquita, sacó la lengua y comenzó á hacerme gestos y muecas que entonces me parecieron horribles. ¡Cuán verdad es que las impresiones que recibimos están en nosotros casi más que en el objeto que las produce!

Debió el espanto pintarse de tal modo en mi rostro que provoqué la risa del señor duro.

— No te asustes, — me dijo con una voccecita verdaderamente argentina. — ¿No soy obra de la naturaleza y del hombre? Pues ¿por qué no he de pensar y hablar como tú? ¿Acaso tienes la necia vanidad de ser tú y los tuyos, los únicos seres racionales? ¡Vanitas vanitatis et omnia vanitas!

Traté de tranquilizarme; un duro que sabía latín poco daño podía hacerme. Hice un esfuerzo, y por fin logré pronunciar estas palabras:

— No; no creas que tengo miedo; pero á la verdad, me sorprende que hables.

— Pues yo te explicaré lo que tanto te sorprende. Nosotras las monedas todas pensamos y podemos hablar; pero hemos convenido en permanecer siempre mudas por compasión á vosotros: si hablásemos y contásemos las infamias y bajezas que hacéis para poseernos se os caería la cara de vergüenza.

— Tienes razón, — contesté, — y te doy las gracias en nombre de todos mis compañeros, por ese discreto silencio; pero dime ¿por qué le has roto hoy? ¿cómo faltas á tu convenio?

— Por un favor especial á ti y porque te estoy muy agradecida. Ví cuando me dejaste abandonada en el chaleco, en el que tanto tiempo he estado, que te desprendías de mis compañeros y no de mí, y esto lo interpreté como una prueba de cariño, que se confirmó después, al ver que eran grandes tus apuros y, sin embargo, nunca viniste á pedirme que te ayudara á salir de ellos. Jamás olvidaré tamaña prueba de amistad.

— Eres muy perspicaz, — repuse, — y en recompensa del cariño que te he demostrado voy á suplicarte me concedas una merced. Refiéreme tu historia; debe ser muy interesante.

— Te complaceré, pero con una condición.

— ¿Cuál?

— Que no digas jamás á nadie lo que entre nosotros ha pasado.

— Convenido.

— Pues escucha, pero no me interrumpas. ¿Se puede beber esta agua? — me dijo. — Tengo secas las fauces: la falta de costumbre de hablar...

— Sí, se puede beber, — respondí asombrado, y mi asombro fué mayor al ver que de un salto se zambulló en el vaso; tragó una buena cantidad, y después de colocarse sobre mi almohada para estar más cómoda y de limpiarse la boca con la mano continuó:

— Cuento con tu promesa de guardar silencio; me eres simpático y fío en ti. Escucha mi historia:

Apenas conservo memoria alguna de mi primera edad. Mi origen se pierde en la noche de los tiempos como diría un historiador cursi. Vagamente recuerdo, sin embargo, mi nacimiento en las profundidades de la tierra, mi madre querida.

Un día una mano despiadada desgarró el seno de mi madre, y por primera vez ví la luz en un país que, según luego supe, se llama Cartagena.

Sensación extrema experimenté: el aire, la luz, el frío y el calor me atormentaron, haciéndome llorar mi pérdida tranquilidad; pero ¡ay! que aquellos tormentos fueron tortas y pan pintado, comparados con los que me esperaban y aun me esperan, si de lo porvenir he de juzgar por lo pasado.

Los horrores de la Inquisición me parecieron juegos de niño al compararlos con lo que me martirizaron los desalmados que se encargaron de mi educación. Todavía tiemblo al recordarlo. En un principio creí hallarme en el infierno del Dante; unos hombres horribles, negros ó tiznados me fundieron, haciéndome pasar las de Caín. A haberles visto el rabo no hubiera vacilado en tomarlos por discípulos ó pupilos de Luzbel, pero luego supe que eran simples mineros que sólo trataban de hacer mi felicidad uniéndome á otro metal para darme la resistencia y fuerza que necesitaba antes de empezar mi peregrinación por este valle de lágrimas.

Ya purificada por el fuego, imaginé que había cesado de sufrir y que empezaba para mí una era de bienandanza y paz, pero ¡ay! ¡ilusiones engañosas, livianas como el placer!

Fuí prensada, laminada, estirada, recortada y no sé cuántas cosas más; caí desvanecida por un fuertísimo golpe que me hizo perder el sentido.

Cuando creí que era llegada mi última hora, me encontré, al volver en mí, brillante, hermoso, de figura elegante, hasta cierto punto, y con una inscripción indeleble que decía: «Cartagena sitiada por los centralistas.» Estábamos en el año 1873; yo era un duro cantonal.

Desde aquel momento no he cesado de dar vueltas, de pasar de mano en mano, siendo mi vida una peregrinación sólo comparable con la del Judío Errante.

El primero que me poseyó en mi nuevo estado, fué un patriota entusiasta que, despreciando las comodidades de su casa, tomó las armas en Cartagena en defensa de una idea que toda su vida había acariciado.

El desaliento se había apoderado ya del honrado hijo del trabajo al ver que el movimiento revolucionario estaba próximo á ser dominado.

Alcoy, Valencia, Málaga y Barcelona habían sido vencidas; el cerco se estrechaba; las comunicaciones con el

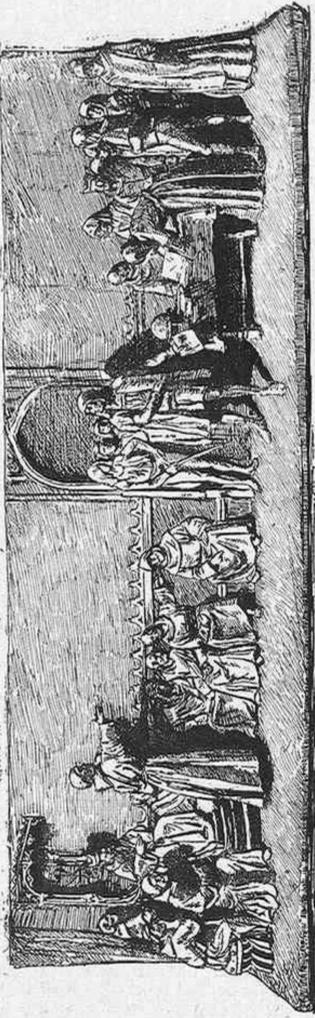


SANTÁNGEL, escultura de Gamot

ALTOS RELIEVES DEL MONUMENTO A CRISTÓBAL COLÓN, ESCULTURA DE LOS SEÑORES LIMONA Y VILANOVA



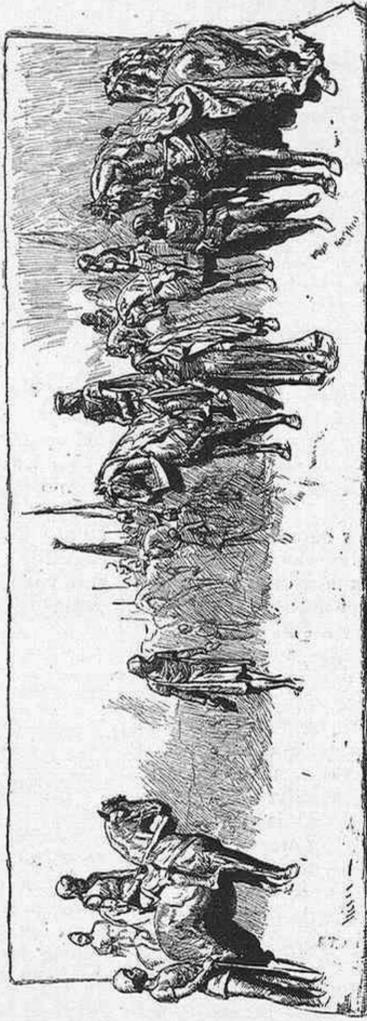
Llegada de Colón al convento de la Rábida



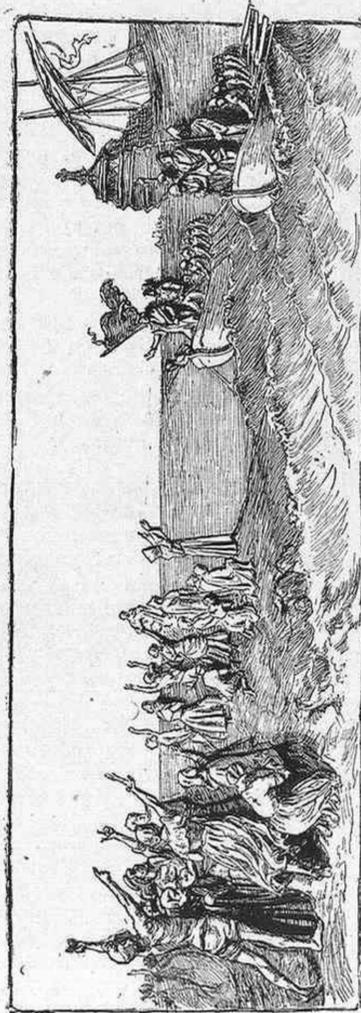
Controversia ante el consejo reunido en el convento de San Esteban, en Salamanca



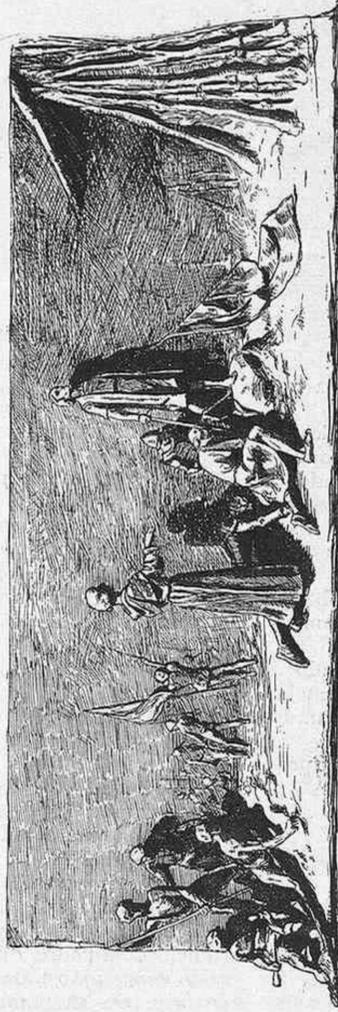
Presentación de Colón a los Reyes Católicos, en Córdoba



Entrevista de Colón y los Reyes Católicos en Santa Fe, delante de Granada



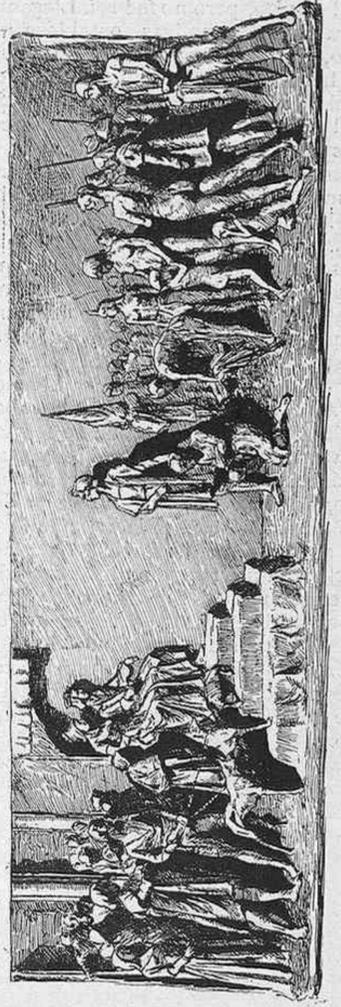
Embarco de Colón en el puerto de Palos para su primer viaje de descubrimientos



Desembarco de Colón en América



Toma de posesión del territorio descubierto, en nombre de los Reyes Católicos



Llegada de Colón a Barcelona, de regreso de su primer viaje

exterior se hacían imposibles, y los viveres y municiones empezaban á escasear.

Organizóse una salida para verificar un reconocimiento, y la suerte designó á la compañía en que mi señor servía. Yo iba contento, porque suponía que nuestra expedición sería un sencillo paseo, pero no fué así. Llegamos hasta las avanzadas enemigas, entablóse un ligero tiroteo, y á los primeros disparos mi pobre amo cayó herido en un costado. Yo nunca había oído el silbido de las balas y confieso sin rubor que al oírlo me acobardé como un recluta.

Los sitiados tuvieron que retirarse precipitadamente y durante algunas horas permanecimos mi amo y yo abandonados en el campo.

La humanitaria Cruz Roja nos recogió al anochecer y mi desventurado dueño falleció en el hospital al siguiente día, no sin que antes entregara al practicante que le curaba todo su caudal, consistente en siete duros, encargándole que buscara á su familia, y al participarle su triste fin le entregase aquel dinero que con su nombre honrado era la única herencia que dejaba tras una larga vida de penalidades y trabajo.

Inútil me parece decir que yo formaba parte de la herencia de aquella pobre familia, y que no sin pesar me separé de mi infortunado dueño, al cual había tomado ya cariño, y que no podía darme mejor destino que dedicarme á socorrer la miseria en que la orfandad iba á sumir á su desventurada familia.

Cartagena fué tomada á los pocos días.

El ejército sitiador se disolvió, y Pablo Vélez obtuvo un mes de licencia que solicitó para cumplir la promesa que había hecho á un moribundo.

Diéronle la licencia y se puso en camino, llegando á las pocas horas á Pueblo Nuevo del Mar, en Valencia, donde residía la familia del que fué mi desventurado dueño.

Guardóme mi depositario en un rincón de su mal provista maleta, y después de dar tumbos y más tumbos, llegamos por fin á Valencia.

No quiero describirte aquel privilegiado país, pues mi historia es larga, y además no sé si tengo condiciones de narrador descriptivo.

Metida en un bolsillo de Vélez, y éste ocupando un asiento en una tartana, clásica y nada cómoda, carruaje valenciano, recorrimos la distancia que separa á Valencia de Pueblo Nuevo del Mar, apeándonos á la puerta de una barraca en la que habitaba la familia de mi primero y difunto dueño.

Paso por alto la triste escena de llantos, sollozos y suspiros que á mi llegada presencié, pues aun al recordarla acuden lágrimas á mis ojos. ¿Cómo no conmoviéndose presenciando el dolor de un hijo que por su padre llora?

Dejóme Vélez en manos de la hija de mi desgraciado dueño, y fué encerrado en un cajón de una desvencijada cómoda de pintado pino, de la cual sólo salí, por espacio de algunos meses, para ser contemplada con veneración y respeto por Carmen, que así se llamaba mi nueva dueña.

Durante aquel tiempo fuí muy feliz, llegué á sentir una verdadera pasión por Carmen, y me enorgullecía cuando viéndome en sus manos contemplaba su rostro en el que se pintaban la veneración y el amor.

Era Carmen una muchacha lindísima, tan linda, que permítame que te la describa. La quise tanto y juega un papel tan importante en mi historia que bien lo merece.

Figúrate una de esas valencianas paliditas, paliditas, de ojos que parecían dos perlas negras engastadas en nácar, de boca más bien grande que chica, estuche de coral que encerraba un collarcito de brillantes y más fresca que una rosa bañada de rocío, cabello rizado, abundante y negro como la mora y las sombras del alma del pecador, pequeña de cuerpo y esbelta de talle, movimientos graciosos y ligeros como de gatita juguetona; y si á todo esto añades que en su cara se reflejaba toda la pureza del alma de un ángel, tendrás imperfecta idea de Carmen, que, por lo que pude ver, no era muy feliz.

Su hermano, único pariente que tenía desde la muerte de su padre, no era un modelo de honradez ni mucho menos; poco aficionado al trabajo, pasaba su vida en las tabernas y garitos de la peor especie, viviendo á expensas de su pobre hermana que pasaba día y noche cosiendo camisas para el ejército, trabajo que apenas si la permitía cubrir sus primeras y más perentorias necesidades.

Cuando á Vicente, que este era el nombre del hermano de Carmen, le era adversa la suerte en el juego, tenía ésta que sufrir malos tratamientos y groseros insultos, y veíase precisada á sostener una verdadera lucha para impedir que Vicente se apoderase de mí y de mis compañeros, única herencia de la pobre huérfana, y que ésta no conservaba por avaricia sino como objetos santos que vinieron de manos de su desgraciado padre.

Así transcurrió algún tiempo, sin que nada notable ocurriese, hasta que una tarde, á eso del anochecer y cuando Carmen había salido de casa, sin duda para entregar su trabajo, sentí que abrían el cajón en que estábamos encerrados mis hermanos y yo, y fuimos arrebatados por Vicente, quien sin duda había perdido en el juego aquella tarde, y aprovechando la ausencia de su hermana se hacía nuestro dueño y pensaba desquitarse.

Gran dolor sentí al ser tocado por aquella infame mano y lloré amargamente cuando abandoné aquella pobre casa en la que tan feliz había vivido.

¡Cuánto y cuánto sufrí en el corto tiempo en que estu-



LEÓN DEL BASAMENTO, escultura de Vallmitjana Abarca

ve metida en el bolsillo de la chaqueta de Vicente, en donde llevé por compañeros de viaje una navaja descomunal y una mugrienta baraja, objetos que sin duda acabarían por llevar á presidio al dueño de ellos.

Pero dejémosnos de reflexiones y escucha la continuación de mi historia.

Nos condujo Vicente á Valencia y con él entramos en una lujosa platería en la cual nos abandonó, llevándose en cambio algunas monedas de más fácil circulación que nosotras, pues ya recordarás que nací duro cantonal.

Fuí encerrada en un cajón de una mesa de despacho que estaba colocada en la trastienda, y ya creí no volver á ver la luz del sol, pues pasaron días y más días y allí aprisionada llegué á perder hasta la noción del tiempo.

Ya comenzaba á aburrirme de veras, pues en verdad que aquella vida no era nada agradable. Mas todo acaba en el mundo; llegó por fin el momento de mi ansiada libertad, que recuperé cuando ya desesperaba de alcanzarla, volviendo á ver la luz en un hermoso día del mes de Mayo y encontrándome en manos de un mozalbete como de unos veintidós años, de quien supe más tarde que era hijo del platero que á Vicente me compró.

Mi nuevo poseedor era un muchacho de carácter ligero, tan ligero que nunca pude saber si era de buena ó mala condición. Su padre, que idolatraba en él, le había permitido desde niño toda clase de caprichos, y Fernando, pues este era su nombre, abusaba de la bondad y del cariño de su padre.

Ocurriósele al antojadizo niño convertirme en un puño de bastón, y héteme de la noche á la mañana juguete de Fernando y cabeza de una delgada caña de Indias.

¡Con qué ridícula vanidad me enseñaba mi señor y dueño á sus amigos, y cuánto dancé por paseos y teatros durante aquella temporada!

Fernando era lo que vosotros llamáis un gomoso; su constante ocupación era no hacer nada útil, visitar los teatros y no enterarse de lo que en el escenario pasaba; escuchar á los actores era para él pésimo gusto, lo elegante era adoptar en su butaca una estudiada y á veces nada académica postura, morder el puño de su bastón, es decir darme un baño nada agradable, dirigir sus gemelos á todos los palcos y hablar en alta voz con algún su amigo tan necio por lo menos como él.

Mas veo que sin notar lo estoy metiendo en hopduras que no hacen al caso y describiéndote un tipo que demasiado conocerás.

Transcurrieron así algunos meses en los que llegué á renegar hasta del día en que nací y sobrada razón tenía para ello; ¡valía la pena haber nacido solamente para que aquel ridículo petimetre, argumento incontestable de la teoría de Darwin, estuviese constantemente haciendo juegos malabares conmigo?

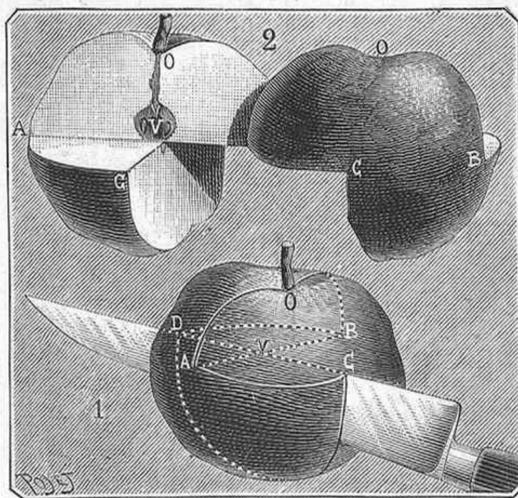


Fig. 1. - Manzana partida en dos pedazos de escuadra.

La ociosidad es madre de todos los vicios, decís vosotros, y ocasión he tenido para convencerme de la verdad del proverbio. Fernando estaba ocioso y de necio solamente trocóse en necio vicioso.

Comencé á visitar en su compañía las casas de juego, de donde, por lo regular, no salía muy contento.

¡Cuántas horas he pasado encaramado en una percha de cierta casa de juego, viendo que otras hermanas mías pasaban de una mano á otra, llevando la alegría á aquellos á quienes pasaban y sumiendo en la desesperación á los que abandonaban.

Aquel espectáculo me impresionó vivamente en los primeros días; seguía con febril interés los cambios de la suerte, y confieso que me pareció muy divertido y hasta lo creí inocente; pero cuando ví el fondo de la cosa, sentí dolor y compasión y asco, sobre todo cuando observé el cambio que en Fernandito se operaba. Después he visto tantas cosas, que casi he llegado á olvidar que aquel niño imbécil fuera ladrón en su misma casa. A hurtadillas robaba á su padre. Y ¿para qué? Si ganaba, volvían las ganancias al sitio de donde salieron y lo perdido jamás se recuperaba.

La fortuna no favorecía á mi señor.

Una tarde, aprovechando Fernando un momento en que su padre no estaba en la platea, se apoderó de una sortija y fuimos á una casa de empeño; allí se quedó la sortija, y á las pocas horas el dinero del empeño se quedó en la mesa del tapete verde.

Varias veces se repitió esta operación, siempre con el mismo resultado.

Fernando se hallaba desesperado; temía que de un momento á otro descubriera su padre aquellos robos, y para impedirlo, se apoderó un día de unos pendientes de algún valor que fueron á hacer compañía á las sortijas y demás joyas.

(Continuará)

RECREACIONES CIENTÍFICAS

CURIOSA MANERA DE PARTIR MANZANAS

Tómese una manzana y hágase en ella con un cuchillo un corte A O B (fig. 1, núm. 1), pasando por el punto O donde se encuentra el pedúnculo ó cabillo y deteniéndose en el centro V en medio de las pepitas; hágase otro corte igual, perpendicular al plano del primero, de modo que se detenga el cuchillo en C V D. Hecho esto, se pasa el cuchillo horizontalmente por un lado del eje, formado por la prolongación del cabillo siguiendo el plano C V A (fig. 1, núm. 2); se procede del mismo modo por el lado opuesto y se obtienen así dos pedazos en la forma singular representada (fig. 1, núm. 2), los cuales pueden separarse ó encajarse uno en otro.

Hay otra manera de partir manzanas más curiosa aun, y consiste en cortarlas interiormente en dos mitades sin deteriorar la cáscara.

Se toma una aguja bastante fina provista de un hilo fino también pero resistente; se introduce la aguja por el punto inferior de la manzana A (fig. 1, núm. 1) y se saca por el punto B, teniendo cuidado de dejar bastante espesor entre la cascarrilla de la manzana y el paso del hilo; se introduce otra vez la aguja por el mismo punto B, por donde ha salido, y se saca por el punto C, y así sucesivamente dando la vuelta por CD, DE, EF, hasta llegar al punto de partida A.

Terminada esta operación, se toma la fruta con una mano y con la otra se tira por igual de los dos cabos del hilo, retorciéndolos antes para no estropear el orificio. La manzana queda entonces dividida interiormente en dos mitades G H (fig. 2, núm. 2), sin que aparezca al exterior ninguna huella. El hilo ha producido el mismo efecto que el alambre que sirve para cortar los quesos y la manteca.

Una vez terminada esta operación se monda delicadamente la manzana, teniendo cuidado de tomar bastante

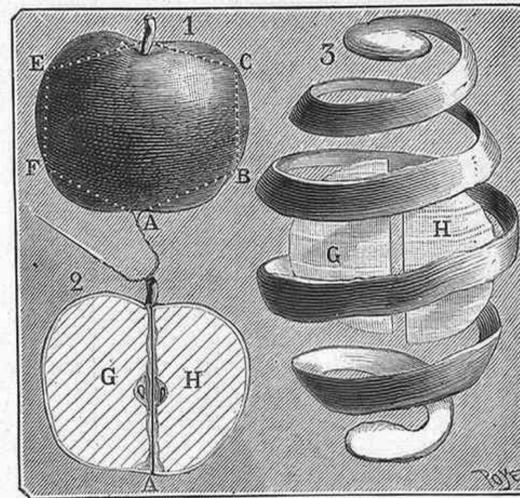


Fig. 2. - Manzana partida dentro de su cáscara.

espesor de piel para conservar la cinta entera (fig. 2, número 3). La división interior aparece á medida que se monda; y cuando la persona que lo hace no está prevenida, claro es que se sorprende agradablemente, sin poder acertar la causa de tal misterio.

(De La Nature)